



Tabula Rasa

ISSN: 1794-2489

info@revistatabularasa.org

Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
Colombia

Echeverri, Marcela

Reseña de Trials of nation making. liberalism, race, and ethnicity in the andes, 1810-1910 de Brooke
Larson

Tabula Rasa, núm. 2, enero-diciembre, 2004, pp. 303-308

Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600217>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Brooke LARSON.

TRIALS OF NATION MAKING. LIBERALISM, RACE, AND ETHNICITY IN THE ANDES, 1810-1910.

Cambridge University Press, 2004. Pp 289.

MARCELA ECHEVERRI

New York University¹ (USA)

Instituto Colombiano de Antropología e Historia² (Colombia)

me391@nyu.edu

Escrito originalmente para el volumen dos del *Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, editado por Stuart Schwartz y Frank Salomon y publicado en 1999, este poderoso escrito de Brooke Larson sobre cuatro estudios de caso en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, se enfoca en las dinámicas de las subjetividades *subalternas* y los contextos sociales, enfatizando las contradicciones del liberalismo en la región andina desde la independencia hasta 1910. Los contextos sociales son conocidos pues constituyen la historia latinoamericana post-independentista: inicialmente flujos de ideas liberales, y tras el desencanto de las élites con el cambio político, transiciones hacia modelos autoritarios. Este trabajo es singular por la mirada específica de Larson sobre el lugar de los grupos indígenas en los países Andinos en lo que ella llama *nation-making*, su participación en la construcción de las naciones.

El estudio de Larson es un ensayo bibliográfico que se deriva de la lectura de trabajos de antropología, historia social y antropología histórica, así como de una lectura crítica de fuentes de historia tradicional para ver las posiciones de las comunidades indígenas en el contexto nacional y las luchas étnicas en el siglo XIX. En un sentido general esta aproximación se ubica en los estudios del nacionalismo y las naciones que han descentrado estos conceptos de la noción original decimonónica que suponía que «las naciones precedieron a la independencia» para entender los procesos políticos de América Latina resaltando la necesidad y la riqueza de la historia social. Así mismo este tipo de historia se escribe en contraste a la historia de las ideas, también dominante en la historia económica y política de la región.

La historia de las ideas mostró la fuerza con que el liberalismo, económico y político, dominó en distintos momentos del siglo XIX, evidencia de lo cual son las construcciones institucionales más difundidas desde la independencia como el constitucionalismo, las elecciones y el libre mercado. Larson, en cambio, parte de la clara

¹ Candidata al doctorado en Historia.

² Investigadora Asociada.

división entre la ideología liberal y la práctica, y su estudio se centra precisamente en las fisuras entre las dos, un espacio rico para la historia social. Además, no se trata solo de estudiar a las elites, a los criollos como los llama Larson en el libro, sino de ver la interacción entre distintos actores sociales mediados por la raza. Larson desarrolla su análisis de la historia de América Latina mostrando que la raza ha sido una esfera de interacción social fundamental. También que el lenguaje socio-político que emerge en el siglo XIX para sustentar el nuevo orden político está ligado con discursos y valores raciales coloniales. Los discursos raciales estuvieron en la base de los proyectos civilizatorios liberales, y también de las identidades étnicas y del indigenismo.

Colombia es un caso diferente a los demás tratados en el libro no solo porque allí la población indígena es una minoría, sino también porque el enfoque en el área andina impone un límite a la reflexión sobre las demás poblaciones indígenas que habitan el país por fuera del marco regional del estudio. Más importante es reconocer que la particular política de construcción de nación en Colombia ha sido la de «blanqueamiento», que busca promover el mestizaje y en últimas erradicar la población indígena. Aunque este es un proyecto medianamente inclusivo, sobre todo al compararse con los demás casos, paralelamente también reaparecieron cláusulas que limitaron la igualdad civil de los indígenas y les marginaron del sistema político. Larson llama esto «dos estándares dobles» de la ciudadanía, y resalta la posición subalterna a la que fueron progresivamente relegados los indígenas.

A esta mirada sobre los ataques más visibles de los criollos sobre las poblaciones indias, persiguiendo sus tierras comunales, Larson le añade la interesante contraparte de las oportunidades de prosperar que los indígenas tuvieron con los cambios económicos. Aquí se incluyen los indios del noroeste que se involucraron en la producción cafetera, manejando mulas, transportando mercancías, con contratos de trabajo, y como abogados en el campo. En el sur la historia es más violenta y la existencia de tradiciones militantes hace que sea un lugar particularmente interesante para una mirada que quiere resaltar la resistencia de estas poblaciones. Los indios Páez, por ejemplo, aparecen como importantes caudillos de la historia política colombiana, lo que resalta su organización comunitaria y su relación con el Estado y el proceso de construcción nacional. Hacia 1860 cuando el sistema de baldíos se convirtió en la peor amenaza a la autonomía territorial de los indígenas, «se produjo una contrafuerza de resistencia y protesta contra la expansión de las haciendas hacia sus propiedades comunales. Los indios de Popayán y Pasto fueron famosos por sus habilidades legales y militares para preservar, recuperar, o reconstituir lo que quedaba de sus patrimonios» (p.98)³ Así, Larson ve un poderoso contragolpe de parte de los grupos amenazados, lo que constituye uno de los principales aportes de su libro.

³ Traducción mía.

En Ecuador el liberalismo no tuvo tanta fuerza como en Colombia. Desde la división de la Gran Colombia las elites criollas ecuatorianas plantearon una política neocolonial, en particular frente a la mayoría indígena que habitaba este país. En este caso el problema del tributo se vuelve especialmente interesante, pues su abolición había sido uno de los principales símbolos de descolonización, pero desde 1820 Ecuador lo reinstauró sin darle a los indios la protección jurídica que en la colonia acompañó a esta institución económica. Es decir que debían pagar tributo pero les fueron negados los derechos a la tierra comunal o a sus cacicazgos hereditarios. El tributo se terminó oficialmente en 1857, y dentro de la misma política se intentó borrar el nombre «indio» de los censos. Este fenómeno habla claramente del interés de los gobiernos criollos de «campesinizar» a las poblaciones indígenas, lo que no tuvo resultados absolutos como muestra Larson. Sin embargo, el caso de Ecuador aparece como el más opresivo en la relación Estado-indígenas. El gobierno de Gabriel García Moreno, uno de los presidentes modernizadores del Ecuador, basó su proyecto en prácticas coloniales de trabajo forzado, y encomendó a las poblaciones rurales a los Jesuitas para su evangelización. Las consecuencias fueron por una parte que esta política puso a los indios en un lugar exterior a la esfera pública nacional. También, esta política oficial desencadenó olas de migración interna cuando los indios trataron de escapar, como en tiempos coloniales, de las obligaciones laborales impuestas por el Estado.

Larson advierte que el caso de Ecuador es complicado para enfocarse en movimientos de resistencia. Al menos aparentemente, y en la historiografía, la imagen que tenemos de los indios ecuatorianos es que son «pasivos» y hay poca evidencia de movilizaciones en el siglo XIX. Ante esto Larson dice que debemos estar abiertos a nuevas investigaciones que demuestren lo contrario, pues en gran medida esto es un estigma. El caso que escoge la autora para señalar el dinamismo de un grupo indígena frente al capitalismo es el de los otavaleños, que son famosos aun hoy por sus industrias textiles y por el mantenimiento de su identidad étnica. Este caso de lucha étnica y adaptación parece haber sido poco valorado en un principio en Ecuador, hasta la Feria Mundial en 1892 cuando se les eligió como imagen de las culturas exóticas del país, y dice Larson que fue uno de los primeros proyectos indigenistas oficiales que estereotipó a los indios al ponerlos al servicio de la construcción nacional.

El caso del Perú tiene rasgos de una oposición y una negación profunda de las elites criollas (sobre todo limeñas) de la población indígena de las montañas. En principio esto se manifestó en la permanencia de la división entre indios y criollos, rígidamente demarcados y no permitiendo que se promoviera la imagen de lo mestizo como una posibilidad válida de identidad nacional. Por esto Perú

presentó índices de «reindianización» evidentes durante el periodo postindependencia. Este proceso bio-cultural tuvo que ver también con la política tributaria de los gobiernos anteriores al boom del guano, y fue solo hasta 1850 que las exportaciones permitieron que se aboliera este mecanismo de tasación del Estado. Las décadas liberales abrieron un nuevo periodo en la relación de los indios con el Estado, aunque el «problema indígena» continuo siendo difícil de solucionar a los ojos de las elites limeñas. Por una parte la vanguardia liberal defendió ideologías de libre mercado que tendían a ir de la mano de programas de asimilación de los indígenas, y por otro tenía impulsos autoritarios que se basaban en «ansiedades raciales» y resultaron en proyectos de segregación.

Precisamente cuando la burbuja especulativa del guano reventó, las elites tuvieron que reconsiderar la política anti-tributo, y algunos de los procesos liberales iniciados se debilitaron. Larson muestra que hasta antes de la guerra del Pacífico que comenzó en 1879, y aún dentro de la era liberal, en el proceso de integrarse a la economía nacional las comunidades indias-campesinas se convirtieron en la clase discriminada y menos beneficiada de la nación. Al convertirse en la clase trabajadora de Perú, además, los indios fueron objeto de agresivos programas de reforma cultural con el objeto de volverlos trabajadores «disciplinados, higiénicos, e hispanizados» (p.163). Este «racismo ortodoxo» sería combinado durante la guerra con teorías positivistas que ayudarían a las elites a explicar la inestabilidad y la pobreza en las zonas rurales del Perú. Sin embargo, más interesante que reiterar la posibilidad del asenso social de sectores de la clase indígena, la historia que Larson narra para resaltar la politización de los indios en Perú durante la Guerra del Pacífico demuestra la flexibilidad de la categoría de nación y sus usos populares. Los campesinos se involucraron activamente en la defensa del territorio demostrando su apropiación de los valores nacionales. Sin embargo la respuesta de las elites ante la emergencia de estos «ciudadanos-soldados» fue estigmatizarlos como peligrosos y volverlos objeto de la policía. Larson concluye que la incapacidad de las elites de dialogar e inclusive reconocer las contribuciones patrióticas de los indios refleja el fracaso del proyecto nacional peruano.

El caso boliviano es uno que ha fascinado a los historiadores porque los rasgos de la participación política indígena en la construcción del Estado nacional dejan ver los valores comunitarios que están en la base de la economía política indígena. Lo interesante es, entonces, ver que las amenazas liberales en la región más sur de los Andes tuvieron un eco contradictorio. En Bolivia la población indígena después de la independencia era alrededor de un 51%. Esto significa que la mitad del territorio estaba en manos de comunidades semi-autónomas, que habían sobrevivido el periodo colonial exitosamente. Las elites también estaban interesadas en mantener el régimen tributario, y Larson dice que durante los primeros treinta

años del gobierno republicano esta fue la principal fuente de ingreso del Estado. Sin embargo pronto la necesidad de adquirir tierras se tradujo en un mayor enfrentamiento entre el Estado y las comunidades indígenas. Larson habla aquí de una nueva «conquista», y equipara el liberalismo de las elites criollas con la conquista de América por parte de España en el siglo dieciséis. Las fuentes demuestran que los indígenas de la zona recalcaron la importancia de un pacto recíproco entre el Estado y las mismas, donde el tributo garantizaría la protección de las tierras comunales, como durante la colonia. Este detalle hace fundamental reconocer que en el contexto nacional los grupos indígenas defendieron su patrimonio cultural colonial, lo que planteó un enorme y recurrente problema legal para el proyecto liberal. Las consecuencias de este enfrentamiento estructural oscilaron entre intentos de etnocidio por parte de las elites, el resurgimiento étnico como defensa de las comunidades, y la integración de familias campesinas al desarrollo económico adquiriendo tierras y aprovechando la expansión comercial.

En el aspecto político, la aparición de movimientos étnicos que se inspiraron en la gran insurrección indígena de 1781 y llamaron a la subversión de la dominación étnica reestablecida por las elites bolivianas, resultaron en el endurecimiento de la clase gobernante y el creciente desarrollo oficial de discursos racistas sobre los indios. Más aun, en Bolivia el problema indígena para el final del siglo XIX se intentó resolver con políticas que excluían a los indios de la esfera política, marginándolos radicalmente del Estado nacional criollo. Sin embargo, como en los demás casos de las repúblicas andinas, en el siglo XX se vería la vitalidad de los movimientos políticos étnicos, y se haría necesario transformar los presupuestos de la nacionalidad una vez más.

Como he intentado demostrar con este recuento, este libro tiene un valor enorme para la historiografía andina. Aparte de los presupuestos analíticos que he discutido, plantea también un problema político fundamental. Al escoger diferenciar racial o étnicamente los protagonistas de la historia nacional en los distintos países tratados, y enfatizar las tensiones que surgen entre estos y por lo tanto dentro del proyecto de la nación, Larson se ubica abiertamente de un lado del debate. En *Trials of Nation-Making*, que significa establecer un juicio sobre los proyectos nacionales andinos, se denuncia fuertemente a los líderes que en el gobierno se apoyaron en teorías biológicas y sociales para mantener su poder. El tema también es cómo se articulan los diferentes grupos alrededor de la nación, reconociendo que los grupos indígenas tuvieron una participación significativa en la política nacional decimonónica, actitud frente a la que las elites reaccionaron defensivamente. En América Latina ambos temas se han abordado de manera menos radical porque el tema del nacionalismo continúa siendo el único elemento unificador que intenta borrar las tensiones y rupturas entre los grupos que se

MARCELA ECHEVERRY

Trials of Nation Making. Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810-1910

han diferenciado históricamente. Se deriva de esta crítica, por último, que el liberalismo político tuvo efectos contradictorios para los grupos «subalternos», un tema que está aún por explorarse. Siendo un principio guía de la modernización política latinoamericana, generalmente se ha supuesto que el liberalismo contiene la promesa emancipadora de las clases populares. Este libro es un aporte a la mirada más compleja sobre la historia del liberalismo, lo que promete ser un tema importante para la revisión de la historia política de la región.